
F. El ministerio sanador de la iglesia



La sanación de personas ha sido considerada por mucho tiempo parte de la vocación pastoral y diaconal de la iglesia. Para las personas luteranas, el ministerio de sanar está arraigado en la Palabra, los sacramentos y la oración. Algunas iglesias han concentrado su atención en sanar por medio de la oración y el exorcismo, mientras que otras miran esas prácticas con suspicacia. La mayoría de las iglesias están involucradas en la tarea de sanar a través de diversos ministerios diaconales. ¿Cuáles han sido las experiencias de nuestras iglesias y qué podemos aprender mutuamente? ¿De qué manera se relaciona la sanación individual con problemas sociales más amplios? ¿Qué diferencia hay entre sanar y curar? ¿De qué manera debiéramos encarar, como iglesias, desafíos particulares de sanación en nuestro mundo actual?

El tema no es, por cierto, nuevo para la iglesia, pero se trata de un tema al que muchas iglesias luteranas han respondido con lentitud o reticencia. Muchas iglesias, y sus feligreses dentro de ellas, han tenido significativas experiencias en materia de sanaciones y ministerios sanadores que no se han compartido con otras instancias. Esta temática nos ofrece una verdadera oportunidad para que descubramos elementos de la fe cristiana que se han pasado por alto durante demasiado tiempo en las iglesias históricas. Esto incluye aspectos de nuestra propia tradición luterana que han sido descuidados.

¿Cómo tiende a considerar tu iglesia el ministerio sanador o la pastoral de la salud?

Breve esbozo del ministerio de sanador de la iglesia

Desde el propio comienzo, la sanidad ha sido parte y componente de la proclamación del evangelio:

Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. (Mt 9:35)

Jesús envió a sus discípulos a hacer lo mismo. Les dio “poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades”, y en realidad “los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos” (Lc 9:1-2; véase también Lc 10:9). Se trata de un mandato que reitera el Cristo resucitado (Mc 16:18).

Según se registra en Hechos, los apóstoles prestaron atención a este mandato de sanar. Pedro sanó al hombre cojo de naci-

miento que yacía a la entrada del templo (Hch 3:1-8), y en Lida sana a Eneas, quien estaba paralítico (Hch 9:32-35). Pedro también levanta a la difunta Tabita en Jope (Hch 9:36-41). Ananías sana a Pablo de su ceguera en Damasco (Hch 9:17-19). En Listra, Pablo mismo sana a un hombre incapaz de caminar (Hch 14:8-11), y en la isla de Malta, al padre enfermo de Publio (Hch 28:8-9). Pablo también resucita a una persona muerta, el joven Eutico en Troas (Hch 20:9-12). Estos son solamente algunos ejemplos de curaciones en el ministerio de los apóstoles. Además de éstos, hay varios relatos colectivos de actividades similares¹, como también la referencia en 1 Corintios 12:8-10 a la curación como don carismático.

Impresiona advertir lo importante que era el ministerio de sanar en los escritos de los Padres de la iglesia. Repetidamente se referían al tema de sanar en formas que reflejaban su disputa con lo que era entonces el muy popular culto de Asclepio, quien era reverenciado como “el salvador” en todo el mundo heleno. En oposición a este culto, la iglesia primitiva tuvo que formular lo que era distintivo en cuanto a Cristo. La iglesia confesaba a Cristo como “salvador del mundo”, con el propósito de indicar que Cristo realmente venció incluso a la propia muerte. A la luz de esto, no debe sorprender la conclusión del historiador eclesiástico Adolf von Harnack cuando afirma que “sólo” proclamando el evangelio “como evangelio del Salvador y de la sanidad salvífica, en el sentido amplio en que se entendía esto por parte de la iglesia primitiva”, podrá el cristianismo permanecer fiel a sus raíces.²

Si bien el interés por curaciones reales menguó lenta pero sostenidamente en los siglos posteriores, la iglesia se volvió cada vez más preocupada por cuidar de las personas que estuvieran enfermas o indigentes. El modelo bíblico para esto es el de los siete diáconos (véase Hch 6:1-6), quienes fueron instalados por los apóstoles en Jerusalén específicamente para cuidar de las necesidades de las viudas que eran descuidadas en la distribución diaria

¿Cómo responden los luteranos a las sectas de ‘sanación’ hoy día?

de alimentos. La parábola del Juicio Final (Mt 25:31-46) también sirvió de llamado decisivo a cumplir con esta clase de actividad: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”(Mt 25:40).

Notable entre las primeras iniciativas fue la *Basiliás*, una institución famosa por el cuidado que prestaba a las personas pobres, enfermas, sin hogar, huérfanas o viudas. Fundada por el Obispo Basilio el Grande en el siglo cuarto en Cesarea, se constituyó en modelo en base al cual se construyeron establecimientos similares en muchas ciudades del mundo cristiano durante la Edad Media. Numerosas órdenes religiosas se organizaron para suministrar personal para estas instituciones y cuidar de la gente. Además de esto, se solicitaban donaciones especiales, lo cual se constituyó en una práctica de especial importancia en las iglesias de la Reforma.

En el siglo diecinueve, el movimiento diaconal se desarrolló con numerosos programas e instituciones para cuidar de personas afectadas adversamente por la Revolución Industrial. A menudo eran inspirados por la parábola del Buen Samaritano (Lc 10:25-37), como lo fue el movimiento de misiones médicas que llegó a existir alrededor de ese tiempo. Cuando la medicina se convirtió en una disciplina más científica, fueron las misiones protestantes, en estrecha colaboración con médicos consagrados y piadosos, y otras personas de buena voluntad, quienes desarrollaron el concepto de misiones médicas, literalmente para “la sanidad de las naciones”.³ Mientras que las instituciones diaconales representaban la pastoral de sanación de la iglesia, fueron las misiones médicas, especialmente al principio, las que volvieron a recalcar el aspecto realmente físico de la sanidad. Esto se debió al hecho de que la medicina había llegado al punto de ser capaz de erradicar enfermedades infecciosas, tales como la malaria, la difteria, la viruela y la lepra, identificando los organismos vectores, lo cual más tarde llevó al descubrimiento de nuevas y potentes drogas y al desarrollo de una cirugía segura e indolora.

En la actualidad, la sanación ha vuelto a saltar al tapete en las iglesias. Mientras que algunas iglesias han experimentado movimientos de sanación por la oración, otras han estudiado la problemática del ministerio de sanar en gran detalle, proporcionando a las congregaciones locales y a profesionales de la salud recursos, directrices, material y muchas posibilidades de acción.⁴ Para algunas iglesias luteranas, especialmente en el sur, la participación en actividades litúrgicas de curación sin intervención médica se ha convertido en una incumbencia principal, como sucede con el Ministerio Apacentador de la Iglesia Luterana de Madagascar, que tiene una larga trayectoria.⁵

Lutero, luteranismo y sanación

En una carta personal, muy reveladora, a su esposa, Lutero escribió en cierta ocasión:

El Maestro Felipe había estado realmente muerto, y realmente, como Lázaro, ha resucitado de entre los muertos. Dios, el amoroso Padre, escucha nuestras oraciones. Se trata de algo que vemos y tocamos, y sin embargo no acabamos de creerlo. Nadie debiera decir amén a tan deplorable incredulidad de nuestra parte.⁶

Cuando en el verano de 1540 su querido colega y amigo Felipe Melanchton cayó gravemente enfermo y se temía que muriera, Lutero fue llamado a su lecho, donde lo encontró en estado comatoso. Mientras Lutero oraba, Melanchton recuperó la conciencia. Lutero más tarde se refirió a esto diciendo : “Hemos orado ... hasta hacer volver a la gente a la vida, como en el caso de Felipe en Weimar, cuyos ojos ya estaban estropeados”⁷.

¿Mediante qué formas institucionales se expresa este ministerio sanador en tu iglesia?

En su carta de cura espiritual, Lutero da la impresión de haber estado más familiarizado con la oración para sanidad y el exorcismo de lo que se conoce comúnmente. Para él una oración de esta índole era siempre concebida como una oración de la iglesia. Cuando se le preguntó cómo encararse con una “persona rabiosa”, Lutero recomendó:

Orar fervientemente y oponerse a Satanás con tu fe, por mucho que resista obstinadamente. Hace como diez años tuvimos una experiencia en este vecindario con un demonio sumamente maligno, pero logramos someterlo con perseverancia, oración incesante y fe incondicional. Lo mismo va a suceder entre ustedes si continúan despreciando a ese espíritu burlón y arrogante, en el nombre de Cristo, y no cesan de orar. Por este medio he controlado a espíritus parecidos en diferentes lugares, porque la oración de la iglesia prevalece por último.⁸

Qué cerca está esto de la experiencia de muchas iglesias de la comunión luterana, especialmente en países del sur. Para ellas, como para Lutero, muchas dolencias no sólo tienen origen material, sino también espiritual, y por eso necesitan ser tratadas en la forma pertinente.

Comparte algunas experiencias de sanación en tu iglesia.
¿Qué problemas plantean?

Los Reformadores también se refirieron a la sanación en relación con las enseñanzas más convencionales. Por ejemplo, Lutero se refería ocasionalmente a la confesión y a la Cena del Señor como “medicinas curativas”. Melancton empleó el término “curar” al referirse a “apaciguar las dudas de una conciencia atribulada” o “sanear la comunidad eclesial” que corría el riesgo de desunirse. Más de una generación después, los autores de la Fórmula de Concordia utilizaron “sanar” para referirse a la “regeneración y renovación” por medio del Espíritu Santo de la humanidad caída. Con respecto a la iglesia:

Hasta el Día Final, el Espíritu Santo permanece con la santa comunidad cristiana o el pueblo cristiano, por medio de la cual él (Dios) nos *sana* y de la cual se vale para proclamar y propagar su Palabra...⁹

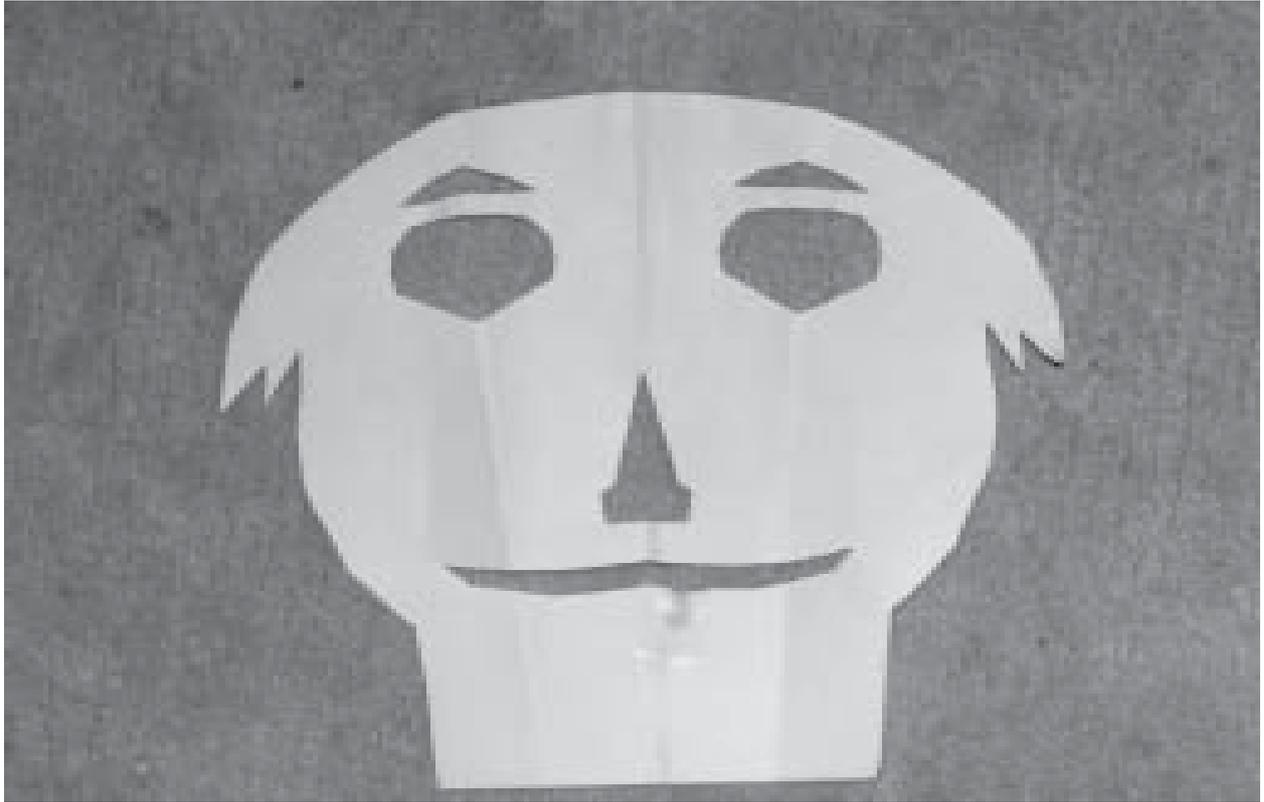
Poco de todo esto ha llegado a desempeñar algún papel significativo en el desarrollo posterior de la teología luterana, al menos hasta hace poco. Esto también resultó en una comprensión inadecuada del mundo natural y la corporeidad de la vida, a pesar de lo que afirman claramente los escritos confesionales:

Creemos, enseñamos y confesamos que ... Dios no sólo creó el cuerpo y el alma de Adán y Eva ..., sino también nuestro cuerpo y alma ...y los reconoce todavía como obra suya Además, el Hijo de Dios asumió, en la unidad de su persona, esta misma naturaleza humana, aunque sin pecado, y, por lo tanto, no asumió carne extraña, sino la nuestra, y conforme a ésta se hizo nuestro verdadero hermano. ...así Cristo la redimió también como obra suya, la santifica como obra suya, la resucita de los muertos como obra suya y la adorna gloriosamente como obra suya.¹⁰

Dietrich Bonhoeffer analizó en alguna ocasión esta atrofia de la teología luterana:

Ante la luz de la gracia todo lo humano y natural se hundió en la noche del pecado, y ahora nadie se atreve a considerar las relativas diferencias en el ámbito de lo humano y natural, por temor a que al hacerlo se mengüe la gracia como gracia. ... Cristo mismo entró en la vida natural, y es solo por la encarnación de Cristo que la vida natural llega a ser lo penúltimo que está dirigido a lo último.¹¹

Llegó la hora de remediar esta atrofia. La sanación siempre tiene una dimensión corporal. Inclusive la sanidad mental o espiritual, tal como la curación de la mente o de los recuerdos, es una sanación que afecta a seres corpóreos, somáticos.



La sanación como confrontación de poderes

Obviamente la sanación no es prerrogativa cristiana. En todas las culturas y en todos los tiempos, gente que padecía dolencias han recuperado la salud y el vigor. Entre las personas que se recuperan, a algunas les sucede de manera muy ordinaria durante un extenso período de tiempo o gracias a medicinas bien reconocidas. Para otras, la curación ocurre bastante súbitamente, en formas no explicables, y por eso se la tilda de “milagrosa”. Con respecto a estas pretensiones milagrosas, Orígenes escribió en el tercer siglo:

Si yo ... admitiera que un demonio, de nombre Asclepio, tiene el poder de curar dolencias físicas, entonces podría hacer notar a quienes se asombren ... por esta cura, que este poder de curar las personas enfermas no es ni bueno ni malo, que es una cosa que no se otorga sólo a los justos, sino a los impíos también. ... Nada divino se revela en el poder de curar a los enfermos en y de por sí.¹²

Las curaciones de por sí no demuestran la autoridad de Cristo. Incluso hubo dudas en cuanto a las curaciones de Cristo (*cf.* Mt 12:22sigs.). Por ejemplo, los fariseos pusieron en duda su cualidad reveladora: “Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios” (versículo 24), a lo que Jesús respondió: “Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos?” (versículo 27).

Porque las curaciones son ambiguas, plantean significativos e incómodos interrogantes para las iglesias y su teología. ¿Es el sanarse un fenómeno natural, que puede ser estimulado por medios ajenos a la medicina? ¿O es el sanarse resultado de una confrontación de poder, una lucha victoriosa con el demonio y con espíritus malignos, “en el nombre de Jesús”, como hacía J. C. Blumhardt en el siglo diecinueve, y como se hace en muchas iglesias hoy día?

Puede ser equívoco plantear esto como una disyuntiva. Si nos fijamos en Lutero para orientarnos, hallaremos una sorprendentemente sobria y pragmática respuesta. Lutero exige primero el debido diagnóstico, a fin de discernir cuidadosamente la dolencia

específica en cuestión. Seguidamente nos alienta a actuar de acuerdo con eso.

Si personas que practican la medicina no logran encontrarle remedio, puedes tener la certeza de que no se trata de una enfermedad ordinaria. Más bien, debe ser una aflicción que sobreviene del diablo, y debe ser contrarrestada por el poder de Cristo y con oración de fe. Esto es lo que hacemos, y lo que hemos estado acostumbrados a hacer, porque un ebanista de la localidad era afligido por una locura parecida y lo curamos con oración en el nombre de Cristo.¹³

Muchas personas a través de los siglos, dentro y fuera del cristianismo, han experimentado y siguen experimentando la sanación como el resultado victorioso de una batalla de un poder dador y preservador de la vida contra fuerzas amenazadoras de la vida.

¿Qué dice la teología luterana sobre esto? ¿Cómo manejan esto las congregaciones locales y las iglesias? ¿Promueven una interpretación de esta índole? ¿Hacen caso omiso? ¿Encaran el tema y ayudan a sus feligreses a arrostrar la situación a la luz del evangelio?

Percibir la sanación como el resultado de una confrontación de poderes también exige capacidad de discernir los espíritus. ¿Cómo y de dónde la obtenemos? ¿Dónde en la vida y docencia de las iglesias luteranas encontramos asistencia para esto? ¿Están las iglesias preparadas para hincarle el diente a este problema de espíritus buenos y malos, lo cual no es muy compatible con concepciones y prácticas médicas esclarecidas, científicas y seculares? ¿Cómo podrían tener las iglesias más intercambios mutuos sobre temas como éstos, sin comprometer a las personas involucradas?

Sanar, curar y componer

Un intento común de responder al dilema antes planteado estriba en el adagio: Los seres humanos curan, Dios sana. “Sanar” se

considera en este caso como la obra del único Dios verdadero y viviente, mientras que “curar” describe lo que trata de lograr la acción humana. ¿Pero realmente sirve la distinción? Si bien su intención es señalar que cualquier sanación es un don de Dios, tal diferenciación es altamente problemática, porque separa lo que en realidad es un solo proceso. ¿Por qué ultrajar el proceso natural de curación y desmerecer los esfuerzos de quienes se preocupan seriamente por restaurar la salud de la gente, para favorecer un argumento teológico que solo confirma la atrofia mencionada antes?

La posición de Lutero fue muy distinta. Cuando explicó el primer artículo en su Catecismo Menor, declaró terminantemente:

Creo que Dios me ha creado y también a todas las criaturas, me ha dado cuerpo y alma, ojos, oídos y todos los miembros, la razón y todos los sentidos y **aún los sostiene**¹⁴.

Para él no cabía duda de que el Dios viviente utiliza el potencial sanador inherente a la vida biológica para sustentar la vida. ¿Cómo entonces puede haber una aguda distinción entre sanar y curar? Cuando las personas cristianas confiesan que Dios ha creado el mundo y todo lo que hay en él, reconocen la permanente creación de Dios. Por lo tanto, la única distinción que debiera importar es la que hay entre “sanar”, como obra única de Dios, y todos los “tratamientos” aplicados por seres humanos como empeño responsable para coadyuvar a la sanación.

Esto posibilita un nuevo enfoque de las diversas artes de curación, todas las cuales serán recibidas con beneplácito como agentes que posibilitan la sanación, sean científicas, naturales, espirituales, herbales, alternas o autóctonas. Al mismo tiempo, hay que poner a prueba sus pretensiones con buena voluntad, pero críticamente, por parte de personas que estén genuina y únicamente comprometidas con la pastoral de sanación. Debemos cerciorarnos de que estos medios no lleven a la muerte, sino a la “vida abundante” (Jn 10:10).

Sanación y salvación

Si la pastoral de sanación de la iglesia se interpreta como un compromiso de producir vida abundante, entonces esto hay que percibirlo en relación con aspectos más amplios de la vida. Como nos hemos percatado en años recientes, a menudo es el contexto más amplio de las personas y sus comunidades lo que necesita ser saneado. Esto exige conocimiento de las condiciones socio-económicas generales, del contexto ecológico y de sensibilidad en cuanto al papel que desempeñan en esto la cultura y el género sexual.

Discútanse ejemplos en que estos factores más amplios, muchos de los cuales son el centro de enfoque de otros grupos temáticos, contribuyen a la salud o a la enfermedad.

Enfocar la sanación de esta manera puede tender un puente sobre la brecha entre proclamación evangélica y servicio cristiano en el mundo, porque una línea divisoria de esta índole ya no encaja en una perspectiva de sanidad global. La pastoral de sanación implica una crítica inherente a la proclamación como también a la acción de la iglesia. Es preciso cuestionar la pertinencia de cualquier teología o predicación – por muy elocuente y entretenida que sea, y aunque sea muy “espiritual” – si no está orientada a producir cambios benéficos palpables. De igual manera, la iglesia puede y debe considerar su servicio como un medio de llevar a cabo su testimonio en la sociedad. Así pues, la sanación se constituye en censurante y desafiante piedra de toque para detectar la credibilidad del ministerio global de la iglesia.

¿Estás de acuerdo con esto? ¿Qué implicaciones tendría para el modo en que las iglesias estructuran el trabajo de proclamación y servicio? ¿Qué problemas se plantean?

Vivir la pastoral de sanación significa más que piadosas palabras o activismo social. Es sencillamente seguir los pasos de Jesucristo y, al hacerlo, aprender a ver con sus ojos. El simple hecho de que Jesús *sanó*, indica claramente que para él la salvación tenía dimensión corporal, aunque tal vez sin equiparar sanación con salvación.

La Palabra de Dios nos habla como personas somáticas. El Creador cuidó íntegramente de Adán y Eva en el Jardín de Edén (Gn 2:7sigs.) Cuando se descarriaron, el Creador no perdió de vista sus necesidades y deseos corporales. Se proveyó ropa para los desnudos (Gn 3:21). Más tarde, las reglas para una buena vida se revelaron en la Torá, poniendo en movimiento la historia de la salvación. Dios se encarnó en Jesucristo y por medio de él continuó dando vida al cuidado compasivo de la humanidad, sanando a las personas enfermas, dando de comer a las hambrientas (Mt 9:10sigs; 14:13sigs.; Mr 6:31sigs; Jn 6:1sigs), prestando oídos a quienes clamaban (Mt 15:21; Mc 10:13sigs; y 46sigs) y consolando a quienes lloraban (Jn 11:33). Jesús realmente se preocupó por la gente y su bienestar, y tomó en serio su corporeidad. Al hacerlo, les restituyó su semejanza de Dios (Gn 1:26), “sanó” la fisura entre Dios y la humanidad.¹⁵

Esto no quiere decir, por supuesto, que Jesús adoraba el cuerpo. En ocasiones mostró cierto desprecio por él.

Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno (Mt 18:8).

Lo que importa y hace que valga la pena vivir no es un cuerpo perfecto, sino el hecho de que le hagamos posible a otras personas vivir y conservar la vida. En este sentido es que son significativas las curaciones milagrosas de Jesús.

La consecución de vida, y vida en abundancia, se produce a veces a expensas del cuerpo e inclusive a expensas de la vida de

una persona. La muerte de Jesús es el caso más conspicuo. (Véase Jn 15:13.) Los primeros cristianos en realidad entendieron la

¿De qué manera lo dicho pone en tela de juicio las ideologías del cuerpo perfecto imperantes en nuestra época? ¿De qué manera impugna toda estructura, relaciones y prácticas deshumanizantes y explotadoras?

pasión y cruz de Cristo en este sentido, al citar a Isaías 53:4: “Él mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias” (Mt 8:17). “Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, ... Por su herida fuisteis sanados”(1 P 2:24).

La cruz nos hace conscientes de que la pastoral de sanación de la iglesia no puede consistir meramente en empeñarse para prolongar la vida o fomentar conceptos somáticos que favorezcan cuerpos fuertes, sin mutilaciones, perfectamente sanos (y probablemente jóvenes y hermosos). En cambio, la tarea propia de esta pastoral consiste en re-instalar la “semejanza” de Dios en todos los hombres y mujeres, en las personas de corta edad y en las adultas, en las ricas y en las pobres, en las sanas y en las enfermas. Consiste en capacitar a tantas personas como posible a vivir su vida de tal manera que otras puedan reconocer la imagen del Dios vivo en ellas, y que de esta manera puedan vivir y seguir siendo verdaderamente humanas hasta la muerte.

Vivir la pastoral de sanación de la iglesia significa dar testimonio de la corporeidad de la salvación. Tal como el antiguo teólogo africano Tertuliano recorrió a sus contemporáneos: “El cuerpo es el

¿Significa esto que no vale la pena empeñarse en la sanación? ¿Significa que estos esfuerzos fracasan muchas más veces que las que alcanzan su meta? ¿Qué debiera decir la FLM sobre la pastoral de sanación en la iglesia?

eje de la salvación”.¹⁶ Pero al procurar producir sanación, nos damos cuenta que nunca podemos garantizar resultados, ni en los hospitales, ni en las iglesias, ni en los círculos de oración. Nos percatamos de las discrepancias entre las enormes pretensiones y los reales resultados de tantos esfuerzos bien intencionados. Muy frecuentemente la cura no se produce a pesar de todos los esfuerzos.

En lugar de hacer caso omiso de este dilema, debemos enfrentarlo conscientemente, y con ello ponernos a la altura de nuestra vocación. Se pide a la comunidad cristiana que sobria y críticamente distinga entre lo que realmente se puede hacer aquí y ahora, siempre provisionalmente, y lo que no se puede lograr, a pesar de todo buen empeño. Aunque la derrota continua bien puede frustrarnos, como personas cristianas podemos enfrentarnos a esto, porque sabemos de seguro “que en esperanza fuimos salvos” (Ro 8:24). Esta “esperanza no nos avergüenza” (Ro 5:5).

De esta manera nos damos cuenta de que sanación no es sinónimo de salvación. Salvación siempre trasciende el ámbito de lo empírico. Como personas cristianas, nuestro llamado es a dar testimonio del poder redentor de la fe en Cristo, no a probarlo o demostrarlo. La iglesia sencillamente no puede pretender tener control sobre la sanidad como una señal demostrativa de la presencia y poder supremo de Dios. Esa pretensión sería una negación de la existencia cristiana como una vida entre el “aquí y ahora” y el “todavía no” de la salvación, y nos convertiría en una secta de sanación. Si la iglesia no soporta esta ambivalencia, ya no da testimonio de la revelación de Dios en Jesucristo. Sanar puede ser a veces parte esencial de una experiencia salvífica, pero nunca a voluntad y disposición de la iglesia. Está sólo a disposición de Dios.

Notas

¹ Véase Hechos 5:15-16; 8:6-7; 19:11-12; 28:9. Otras referencias a “señales y maravillas” de los apóstoles se encuentran en Hechos 2:43; 5:12; 6:8; 14:3.

² Adolf v. Harnack, *Medizinisches aus der aeltesten Kirchengeschichte* (Leipzig, 1892), pág. 111. Véase también Adolf v. Harnack, *The Mission and Expansion of Christianity in the First Three Centuries*, (Nueva York: Harper & Brothers, 1961), esp. págs. 101–146.

³ J. Rutter Williamson y James S. Dennis, *The Healing of the Nations—A Treatise on Medical Missions, Statement and Appeal*, (Nueva York/Londres, 1899). Para un análisis comprensivo, véase Christoffer H. Grundmann, *Gesandt zu heilen! Aufkommen und Entwicklung der aertzlichen Mission im neunzehnten Jahrhundert, Missionswissenschaftliche Forschungen Bd. 26* (Guetersloh: Verlagshaus G. Mohn, 1992) (*Sent to heal! Emergence and Development of Medical Missions in the Nineteenth Century*, edición inglesa en imprenta); Christoffer H. Grundmann, “Proclaiming the Gospel by healing the sick?—Historical and Theological Annotations on Medical Missions” en *International Bulletin of Missionary Research*, vol. 14, no. 3 (Julio de 1990), págs. 121–126.

⁴ Por ejemplo, se espera que la ELCA adopte en 2003 una declaración sobre salud y sanidad.

⁵ Véase, por ejemplo, Peder Olsen, *Healing through Prayer* (Mineápolis: Augsburg Publishing House, 1962), esp. págs. 26sigs.; Larry Christensen, *The Charismatic Revival Among Lutherans*, (Mineápolis: Augsburg Publishing House, 1976). Con referencia a actividades de las iglesias luteranas en EEUU, véase

Anointing and Healing, (Filadelfia: United Lutheran Church in America, 1962); Ralph E. Peterson, *A Study of the Healing Church and its Ministry: The Health Care Apostolate* (Nueva York: Lutheran Church in America, 1982); *Our Ministry of Healing—Health and Health Care Today*, (Chicago: ELCA, 2001). Con referencia a la Iglesia Luterana de Madagascar, véase: Péri Rasolondraibe, “Healing Ministry in Madagascar” en *Word & World: Theology for Christian Ministry*, vol. 9 (Otoño de 1989), págs. 344–350. Otras iniciativas luteranas se documentan en *Health and Healing—The Report of the Makumira Consultation on the Healing Ministry of the Church* (Arusha: Medical Board of the Evangelical Lutheran Church in Tanzania, 1967); “Report of the Umpumulo Consultation on the Healing Ministry of the Church,” (Mapumulo, Sudáfrica, 1967). Para una visión general bastante incluyente, véase Christoffer H. Grundmann, “Healing—A Challenge to Church and Theology” en *International Review of Mission*, Vol. XC, Nos. 356/357 (Enero-abril de 2001), págs. 26–40.

⁶ Weimar, 2 de julio de 1540, en G. G. Krodel (editor.), *Luther's Works*, vol. 50, (Filadelfia: Fortress Press, 1975), págs. 208sig.

⁷ Otto Clemen, *Luthers Werke in Auswahl*, vol. 8, (Berlín: Walter de Gruyter, 1930), pág. 293, # 5407.

⁸ Carta al Pastor B. Wurzelmann, 2 de noviembre de 1535, en Theodore G. Tappert (editor), *Luther's Letters of Spiritual Counsel* (Filadelfia: Westminster Press, 1955), pág. 42.

⁹ Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Artículo II, *Del libre albedrío o facultades humanas*, párrafo 37. En la Fórmula de Concordia se trata de una cita del Catecismo Mayor de Lutero. Hay que advertir, sin embargo, que el texto en el Ca-

tecismo Mayor no dice “sana”, sino *busca* (véase Catecismo Mayor, *Opus Cit.*, pág. 106,107). La cita en la Formula de Concordia puede ser una transcripción errónea de ‘heilet’ por ‘holet’ en el original alemán. (Nota del Traductor.)

¹⁰ Fórmula de Concordia: Declaración Sólida, Parte I, Epítome, Artículo I, *Del Pecado Original*. Traducción propia.

¹¹ Dietrich Bonhoeffer, *Ethics*, Eberhard Bethge (editor) (New York: Macmillan, 1965), págs. 144sig.

¹² Orígenes, *Contra Celsum*, III, 25.

¹³ Carta a Severin Schulze, 1 de junio de 1545, en “*Luther’s Letters of Spiritual Counsel*”, *op. cit.* (nota 8), pág. 52.

¹⁴ Martín Lutero, “Catecismo Menor” en Ernesto W. Weigandt (editor), *Obras de Martín Lutero* (Buenos Aires: Publicaciones El Escudo, 1971), pág. 20.

¹⁵ Solida Declaratio I (De peccato originis / Del Pecado Original), párrafo 14, en *The Book of Concord, op. cit.* (Nota 9), pág. 511.

¹⁶ E. Evans, *Tertullian’s Treatise on the Resurrection* (Londres: SPCK, 1960), pág. 26.